

conocéis el río?—Ni pizca.—¿Y pues?—Bien se echa de ver, capitán, que no habéis estado como yo en la gran guerra, en aquella lucha salvaje donde era preciso proceder siempre por inducción. Esos tunantes no estaban emboscados en esta parte del río cuando hemos aparecido nosotros en la otra; esto es evidente.—Para vos, mi general.—Para mí y para todos, ¡qué diantre! Si se hubiesen encontrado en esta orilla, habrían oído venir al guía y no habrían esperado nuestra llegada para asesinarle.—Es muy probable, mi general.—Por precisión han tenido que llegar al Boulogne antes que nosotros; pero el intervalo trascurrido desde nuestro alto hasta la muerte del guía, no es suficiente para que hayan vadeado muy lejos de aquí.—¿Y por qué no han podido pasar por el mismo punto que nosotros?—Porque los aldeanos, en especial los del interior, no suelen ser nadadores, y por lo tanto el vado en cuestión debe hallarse muy cerca de nosotros. ¡Ea! cuatro hombres á costear el río arriba, y otros cuatro abajo, á una distancia de quinientos pasos. ¡Pronto, pronto! No podemos morir aquí.... ¡Pues no estamos poco mojados!

Al cabo de diez minutos volvió el capitán diciendo:
—Razón teniais, mi general: á trescientos pasos hay en medio del río un islote unido á la ribera izquierda por un árbol y á la derecha por otro.—¡Magnífico! exclamó el general; ¡teniente! subid el río hasta encontrar un árbol que lo atraviesa con su ramaje, y vigilad al preso.

Las dos partidas remontaron paralelamente el río por espacio de cinco minutos, y en cuanto llegaron al sitio indicado por el general, éste mandó hacer alto gritando:

—¡Que pasen un teniente y cuarenta hombres!
Estos se echaron al río con agua hasta los sobacos, levantando los fusiles y cartucheras que salieron ilesos del agua. Al tocar tierra, formáronse en batalla.

—Ahora, dijo el general, que pase el preso.
Tomás Tinguy entró en el río escoltado por los dos cazadores que custodiaban á Oullier.

—A la verdad, Tomás, le dijo éste en voz baja y con acento incisivo, yo en tu lugar temería que la sombra de mi padre se alzase ante mí con gesto irritado, por haber preferido la muerte de mi mejor amigo á desatar una mala cincha.

El cazador se pasó la mano por la frente sudorosa, estre-

mecióse y se santiguó. En esto habían llegado los tres caballos á la mitad del río, un tanto separados uno de otro.

De repente oyóse un gran ruido acompañado del resalto del agua, probando que no en vano había evocado Oullier la veneranda sombra del padre del soldado bretón.

—¡El preso se nos escapa! exclamó al momento el general con voz de trueno. Encended teas al momento, y si le veis, disparadle sin piedad. ¡Vivo, voto á bríos! Y tú, añadió dirigiéndose á Tomás que llegaba á la orilla á dos pasos del general sin hacer la menor tentativa de evasión, tú eres un traidor, y los traidores merecen este pago..... Disparóle un pistoletazo, cayendo cadáver á sus piés el pobre soldado.

XX

¡TRAER, LEÓN, TRAER!

Comprendiendo los soldados la gravedad de la situación, obedecieron al punto la orden del general cubriendo las orillas del río, cuya corriente iluminaban con sangrientos fulgores una docena de antorchas.

Al desprenderle Tomás la cincha zambullóse Juan Oullier en el río por entre las piernas del caballo del jinete de la derecha, y si el lector extraña que el vendeano pudiera nadar con las manos atadas, diremos que confiaba de tal modo en el éxito de su elocuencia, que al paso que apuraba sus recursos oratorios para convencer á Tinguy, roía con los dientes la cuerda que le sujetaba las muñecas, de manera que como Juan Oullier tenía buena dentadura, cuando llegó la columna al Boulogne la cuerda sólo se aguantaba por un hilo, y al encontrarse en el agua, bastóle un pequeño esfuerzo para quedar con las manos sueltas. Al cabo de algunos segundos faltándole aire para respirar, se vió precisado á sacar la cabeza del agua; oyéronse en seguida diez tiros procedentes de entrambas orillas, y otras tantas balas hicieron saltar la espuma en derredor del fugitivo. Salvóse por milagro, mas no sin sentir el estridente sople de los proyectiles. Comprendiendo entonces que tentar fortuna otra vez equivalía á tentar á Dios, volvió á zambullirse por com-

pleto; pero encontrando fondo con los piés, resolvió subir el río en lugar de seguir su corriente como hasta entonces había hecho, maniobra á la cual en sus adentros llamó en términos de caza *un marto bien dado*. No había en efecto ninguna razón para suponer que lo que tantas veces había visto hacer con muy buenos resultados á las liebres, las zorras y los lobos, no le fuese igualmente provechoso. Así pues, Juan Oullier *dió un marto*, subió el río conteniendo la respiración cuanto le fué posible y procurando no aparecer á la superficie para respirar, sinó en los parajes más apartados de la luz de las teas. Esta estratagema le salió á las mil maravillas, pues perdiendo los soldados la pista siguieron costeano el río en dirección contraria, con las armas preparadas como cazadores al acecho.

Únicamente seis granaderos batieron las orillas superiores del Boulogne con una sola tea; y haciendo Oullier prodigiosos esfuerzos para contener la respiración, llegó á un sauce que extendía á flor de agua sus verdes ramas. El nadador asió con los dientes una de ellas, y sostúvose boca arriba sacando solamente esta y la nariz fuera del agua. No bien hubo respirado cuando oyó un lastimero aullido hacia el paraje donde la columna hizo alto.

—¡Cómo! dijo para sí; ¡León aquí! ¡y yo que le había enviado á Souday! Le habrá sucedido alguna desgracia. ¡Gran Dios! añadió con increíble fervor y fe suprema; ahora sí que es necesario que no me cojan.

Los soldados conocían al perro por haberle visto en el mesón de Montaigny y exclamaron:

—¡Su perro, su perro! ¡Vedle ahí! —¡Bueno! dijo un sargento, el perro nos ayudará á encontrar al amo. Y quiso coger á León; mas aunque el pobre animal anduviese al parecer con paso tardo, se le escapó, y husmeando el aire en la dirección de la corriente, arrojóse al agua.

—Por aquí, por aquí, camaradas, gritó el sargento indicando la misma dirección; pronto le hallaremos de parada. ¡Busca, León!

En cuanto conoció Juan Oullier el aullido, sacó la cabeza sin vacilar y vió al perro que atravesando diagonalmente el Boulogne nadaba en derechura hacia él. Entonces comprendió que sólo podía salvarse echando mano de un recurso desesperado, cual era el de sacrificar á su perro. Si sólo hubiese peligrado su existencia, Juan Oullier habría vacilado

mucho en salvarse á costa de su fiel compañero; pero tratábase entonces de algo más; quitóse la zamarra, echóla al río, y enseñándola al perro que ya sólo se encontraba á cinco ó seis pasos de él, díjole muy quedo:

—¡Búscala! ¡trácala!

El perro sentía sin duda debilitarse sus fuerzas y vaciló un momento.

—¡Trácala, León, trácala! le dijo entonces su amo con acento imperioso.

Y León echó á nadar hacia la zamarra, que arrastrada por la corriente le llevaba una ventaja de veinte pasos.

Al ver Oullier que su ardid había surtido tan buen efecto zambullóse de nuevo, en tanto que los soldados acudían presurosos al pié del sauce, y alargaban la antorcha para iluminar el agua. Entonces vieron la prenda de Oullier arrastrada por la corriente y el perro nadando en pos y aullando tristemente como pesaroso de su cansancio, que no le permitía cumplir la orden de su amo. En seguida hubo algunos momentos en los cuales para nada se necesitó la luz de las teas, pues el nutrido tiroteo de los soldados iluminaba con rojizos resplandores las negras aguas del Boulogne, en tanto que las breñas que le orillan aumentaban con sus ecos el estruendo de las detonaciones. El general fué el primero que notó el error de los soldados, y dijo al capitán que iba á su lado:

—Mandad cesar el fuego; esos imbéciles dejan la presa por la sombra.

En esto brilló un repentino resplandor en la cúspide de una roca próxima al río, pasó silbando una bala sobre la cabeza de los dos interlocutores, y fué á dar en el tronco de un árbol situado á dos pasos de ellos.

—¡Hola! dijo con calma el general, el taimado del prisionero se contentaba con una docena de *Ave Marias*, y me parece que sus amigos quieren hacer bien las cosas.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando sonaron tres ó cuatro detonaciones y algunas balas rebotaron en la orilla. Tras estos tiros un individuo de la columna dió un grito.

—¡Tocad llamada! ¡vosotros, apagad las antorchas! gritó el general; y luego volviéndose al capitán díjole: mandad que vadeen los cuarenta hombres de la otra orilla, quizás no tardemos en necesitar toda la fuerza.

Alarmada la tropa con este ataque inesperado, agrupóse presurosamente en torno de su jefe. Brillaron otros cinco ó seis relámpagos en la cresta de los peñascos rayando la negra bóveda de los cielos, y cayó muerto un granadero mientras se encabritaba el caballo de un cazador derribando á su jinete.

—Adelante, ¡poder de Dios! gritó el general; á ver si esas aves nocturnas se atreverán á esperarnos.

Púsose á la cabeza de la columna y empezó á trepar con tal arrojo el escarpado ribazo que se extiende más allá de la orilla, que á pesar de las tinieblas y de las balas que rebotaban junto á los soldados hiriendo á dos de ellos, llegaron en un abrir y cerrar de ojos á la cumbre del cerro. Entonces cesó el fuego de los enemigos, y á no verse la oscilación de las retamas y los matorrales donde momentos antes se habían emboscado los chuanes, hubiérase creído que los había tragado la tierra.

—¡Triste, tristísima guerra! murmuró el general. Ahora esta expedición no puede menos de ser infructuosa, pero no importa: probemos; el castillo de Souday se halla en el camino de Macheeul, y sólo allí podemos dar un rato de descanso á la tropa.—¿Y el guía? preguntó el capitán.—¿El guía? ¿veis aquella luz que brilla á quinientos pasos de aquí? —¿Una luz?—Sí: allá.—No, mi general.—Pues yo sí, y como aquella luz indica que hay allí una choza y por lo tanto algún sér humano, sea hombre, mujer ó niño, no ha de faltarnos quien nos guíe al través de los bosques al término de nuestra jornada.

Tras estas palabras, y en un tono que nada bueno auguraba al morador de la choza, quien quiera que fuese, mandó proseguir la marcha, ordenando al propio tiempo que una guerrilla explorara los alrededores extendiéndose tanto como pudiera permitirlo su seguridad.

Al trasponer la altura el general y su columna, salió del agua un hombre que después de pararse un momento á escuchar detrás del tronco de un sauce, corrióse á lo largo de los matorrales con manifiesta intención de seguir el mismo camino que los soldados; y al asirse de una mata para trepar las rocas, oyó á algunos pasos de distancia un apagado gemido. Juan Oullier, pues tal era aquel hombre, se adelantó hacia el paraje donde se oyó el quejido, y á medida que iba acercándose notó que los gemidos tomaban un acento

más doloroso. Bajóse, tendió la mano y sintió que una lengua suave y tibia se la lamía cariñosamente.

—¡León, pobre León! murmuró el vendeano.

En efecto, era el pobre perro, que valiéndose del último resto de fuerzas que le quedaba, había arrastrado hasta allí la zamarra de su amo para morir encima de ella. Juan Oullier se la quitó y llamóle en voz baja, contestando el pobre animal con un prolongado aullido. El vendeano le tomó en brazos, vió que no hacía el menor movimiento, y notando que le mojaba la mano un líquido caliente y viscoso, llevóla á los labios y sintió el sabor insípido de la sangre. Entonces trató de separarle los dientes que tenía fuertemente apretados, pero no pudo lograrlo: el pobre animal había muerto salvando á su amo, á quien el acaso acababa de llevar á aquel punto sólo para recibir su última caricia. De pronto se le ocurrió al vendeano una duda: ¿quién había muerto al perro? ¿Las balas de los soldados? ¿No estaba ya herido cuando se arrojó al agua para reunirsele? El vendeano se inclinó con preferencia á esta última hipótesis, pues así el alto que León había hecho junto al río, como la dificultad con que nadaba, le daban muchos visos de verosimilitud.

—Corriente, dijo Juan Oullier después de hacer estas reflexiones: mañana será otro día; y ¡ay de quien te haya muerto, pobre y fiel compañero mío!

Y habiendo colocado el cadáver del animal en un cepelón, dirigióse á paso largo á la colina, desapareciendo entre los matorrales.

XXI

LA CABAÑA

La cabaña cuya luz había visto brillar el general desde la orilla del Boulogne, estaba habitada por dos hermanos llamados José y Pascual Picaut y sus familias, cuyo padre había contribuido con su persona en 1792 al alzamiento del país de Retz, adhiriéndose al sanguinario Souchu como el